

Fernando Peirone. *El fin de la escritura. Efectos políticos y culturales de la sociedad poslogos*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2024 (226 páginas)



Claudio Alfaraz

Universidad Nacional Arturo Jauretche, Argentina

ORCID: 0000-0002-8926-2095 | claudioalfaraz@gmail.com

Recibido: 23 de enero de 2025. Aceptado: 12 de marzo de 2025.

En las últimas décadas, la irrupción de las tecnologías digitales ha trastocado profundamente las formas de comunicación, el acceso al conocimiento y las relaciones sociales en su conjunto. En *El fin de la escritura. Efectos políticos y culturales de la sociedad poslogos*, Fernando Peirone aborda el proceso de transformación radical que signa a nuestra era y lo explica en términos del ocaso del sistema logos, el cual ha organizado nuestra comprensión del mundo desde hace casi tres milenios. La pérdida de la posición hegemónica que detentó la narrativa logocéntrica y el avance de una narrativa relacional, caracterizada por la fluidez, lo simultáneo, lo fragmentario producen una crisis que hoy atraviesa a distintos fenómenos y espacios sociales. En su análisis, Peirone establece una periodización de tres etapas, cada una de ellas caracterizada por un tipo de narrativa: la mítica (correspondiente al sistema prelogos), la logocéntrica (correspondiente al sistema logos) y la relacional (correspondiente al sistema poslogos). Esta última constituye el tema central del libro. Mientras que la transición entre la primera y la segunda etapa se desarrolló a lo largo de siglos, el cambio actual está ocurriendo de manera vertiginosa, en un lapso tan breve como unas pocas generaciones, lo cual refuerza la percepción de que el orden que conocimos está en crisis y da al cambio civilizatorio en curso una dimensión que la humanidad no había experimentado en los últimos milenios. La escritura alfanumérica, característica del logocentrismo en el que la humanidad está inmersa desde el siglo VI antes de nuestra era (allí es donde sitúa Peirone el inicio de su predominio), implica una forma de organizar el pensamiento de manera lineal: una palabra se encadena tras otra y genera un sentido de orden lógico, jerarquía, secuencialidad y progreso desde un principio a un desarrollo y de ahí a un fin (p. 121). ¿Qué es lo que hace que ese sistema sea puesto en cuestión? Adoptando una perspectiva sociotécnica, en la que lo tecnológico y lo social están imbricados, Peirone señala que el advenimiento de las tecnologías digitales y su acelerada apropiación social es el factor que desencadena la crisis de la narrativa logos y, con ella, la de los modos con los que hemos venido interpretando y dando sentido al mundo en los últimos milenios. Internet es sintomática de esta transformación, con su hipertextualidad en la que “ya no hay linealidad, sino multidireccionalidad y dimensiones interconectadas” (p. 138). A esto se le suma que accedemos a la experiencia cada vez más a través de la mediación

de las pantallas, sobre todo, desde hace algunos años, la del teléfono inteligente que nos acompaña de modo omnipresente. La adopción masiva de este artefacto por parte de los usuarios contribuyó al “desplazamiento desde la escritura hacia una narrativa de tipo icónico o visual” (p. 154), lo que hizo que la escritura, dueña hasta entonces indiscutida de la función argumentativa, descriptiva o explicativa, fuese relegada a ser uno más de los sistemas de comunicación. Los teléfonos inteligentes trajeron consigo, también, el florecimiento de las redes sociales y, con ellas, algunos de los lenguajes característicos de nuestros tiempos: es el caso de formatos como las *stories* y los *reels*, formas de narrativa que prescinden “casi definitivamente de la escritura” (p. 165). Las redes son también el ámbito en el que usuarios diversos dan cauce a sus puntos de vista, ansias, iras, frustraciones, demandas, egos. Como lo menciona el autor, esto explica algunos de los fenómenos que aquejan a la política en todo el mundo, Argentina incluida: un ecosistema de *influencers*, *haters*, *trolls*, *bots* y usuarios más o menos atomizados altera los modos del debate público y da lugar a un entorno en el que florecen las *fake news*, las teorías conspirativas, los escraches virtuales y los extremismos. La experiencia muestra que esto ha sido incentivado y aprovechado mayoritariamente por expresiones políticas de derecha y ultraderecha. Un elemento clave de estos procesos de transformación es la velocidad: los cambios se dan en un período de tiempo muy corto, y lo que a la lectoescritura le llevó siglos, el sistema poslogos lo está instalando en unas pocas décadas. Este ritmo acelerado tiene consecuencias que el autor pone de relieve: por un lado, crea un contraste entre las generaciones más jóvenes, para las que el mundo digital es parte del paisaje ya dado, y las generaciones mayores, ancladas en las estructuras tradicionales del conocimiento y la comunicación; por otro lado, pone en crisis a instituciones fundamentales de la Modernidad ilustrada. Peirone afirma que estamos ante el “desconcierto de la constelación institucional” (p. 181). De la mano de la crisis del sistema logos, las universidades, los partidos políticos, los medios de comunicación y el propio Estado se muestran incapaces de dar respuestas a las transformaciones que vivimos y, de esta forma, pierden su preponderancia. En este marco, lo que ocurre con las ciencias sociales y las humanidades es sintomático de la crisis, ya que, para el autor, son impotentes tanto para interpretar las transformaciones como para incidir en los procesos de cambio, ya que carecen de interlocución con el desarrollo tecnológico (p. 188); es interesante, en este sentido, lo que menciona Peirone acerca de un relevamiento que muestra que casi no hay científicos sociales ni especialistas provenientes de las humanidades en los equipos que desarrollan tecnologías. La sociedad ya no parece esperar una respuesta que provenga de sus saberes y así, relegadas a la intrascendencia, se recluyen en reacciones endogámicas. A consecuencia de esto, afirma Peirone, hoy “solo contamos con intuiciones y diagnósticos fallidos que reflejan nuestro desorden epistémico y nuestra falta de imaginación” (p. 212). Peirone llega incluso a decir que, ante las transformaciones en curso, “el capitalismo –como el orden social más logrado del sistema logos– encuentra un límite y la causa de su desorden” (p. 216). No obstante, aquí creemos que vale preguntarse si existe realmente tal amenaza para un capitalismo que hoy campea a través de la explotación de flujos de datos e información, la materia prima más valiosa del mundo digitalizado. Estos flujos son controlados por corporaciones que poseen la capacidad de almacenarlos, direccionarlos y explotarlos, e incluso regulan los formatos a los que los usuarios debemos adaptarnos a la hora de expresarnos (videos de unas determinadas características y duración, posteos con límites de caracteres, etc.). Algunas de estas corporaciones, nacidas y alimentadas al calor del surgimiento de las tecnologías digitales, están entre las empresas de mayor volumen del capitalismo actual. Volvamos al otro aspecto de las consecuencias que menciona Peirone: el quiebre entre jóvenes y adultos, que en el libro se intersecta con la problemática de la dimensión institucional. El autor afirma que la ruptura de la lógica narrativa da lugar a nuevas formas de conocer que se apartan de una tradición de casi tres mil años, en la que “la adquisición de conocimientos implicó recorrer trayectos formativos e institucionales” (p. 196). El hecho de que esa tradición hoy está en jaque se refleja en que los jóvenes “cuestionan o ponen en duda el valor de continuar estudiando en la universidad” (p. 199), ya que el tipo de formación que proveen las instituciones de educación superior ya no garantiza acceder a más

y mejores trabajos a cambio de los años de estudio invertidos (años que implican también que los conocimientos quizá se vuelven obsoletos al mismo tiempo que se transita el trayecto formativo), ni los pone a reparo de la precarización laboral. Esto no implica, para el autor, que los jóvenes desprecian el conocimiento, sino que cuestionan una forma de acceder al saber que ven como desfasada de sus intereses, necesidades y ritmos de vida. Pero, además de este desfase en las estructuras y tiempos institucionales, lo que está en tela de juicio es la naturaleza del saber: en palabras de Peirone, “hoy el valor del conocimiento se ha relativizado frente a la capacidad de conectar y articular elementos que, sin importar su naturaleza, generan sentido, entendimiento y aprendizaje, pero que no se condice con la estructura institucional de los Estados modernos” (p. 200). En este marco, “(l)as juventudes actuales han desarrollado estrategias cognitivas para gestionar, administrar y aplicar formas de conocimiento que [...] todavía no tienen una asimilación institucional, pero que forman parte del sentido práctico que utilizan para manejarse en la sociedad informacional” (p. 205). A lo largo de sus páginas, y sin caer en tonos distópicos ni celebratorios, el libro de Peirone desarrolla ideas que nos permiten interrogarnos sobre cómo las sociedades podrán construir lo común en un mundo cada vez más fragmentado y descentrado, donde ya “no hay líderes, no hay norte, no hay autores, no hay textos sagrados” (p. 216). Es un mundo en el que incluso la posibilidad de comunicarnos parece estar en entredicho, donde los signos flotan y se multiplican de forma vertiginosa y son apropiados de manera flexible y libre, como se ve, por caso, en el creciente desafío que se plantea a la hora de comprender nuevas formas de escritura que combinan elementos icónicos, palabras, siglas que abrevian expresiones enteras, etc. Para quienes nos desempeñamos en universidades, el libro plantea una serie de consideraciones que nos llevan a preguntarnos qué papel les toca a las instituciones en las que trabajamos. Uno de los desafíos principales, creemos, es cómo hacer que la universidad, ante este cambio de época, pueda tener alguna relevancia social. En este contexto, cómo transmitir saberes que sean valiosos para las personas y las comunidades es uno de los mayores retos, e implica la cuestión de cómo abrirse a la sociedad para que esta encuentre en la universidad un ámbito para la construcción de un futuro mejor, entendido en términos individuales y colectivos. Posiblemente haya quienes se cuestionen si la universidad tiene algún tipo de futuro ante estos cambios. Queremos creer que sí, pero si ese futuro existe no parecería residir en aferrarse a los modelos que han venido funcionando hasta aquí: como sugiere el libro, en un mundo en transformación, cambian las sociedades y también las expectativas de las personas con respecto al conocimiento, cómo acceder a él, apropiarlo y construirlo. Podemos, incluso, plantearnos otras cuestiones de hondo alcance. Como afirma Peirone, “asistimos a la subversión de la episteme dominante. No a manos de otra episteme que viene a disputar su hegemonía y a imponer su criterio, sino de muchas epistemes que emergen simultáneamente y que no se someten a ningún parámetro de verificación: no lo necesitan” (p. 215). Ante esto, entonces, ¿cómo hacer para formar personas con conocimientos especializados y capacidades para analizar realidades complejas y diversas, cuando la función argumentativa de la palabra está en declive, la episteme que estructuraba los procesos de formación está en disputa y ya no parece necesario verificar las afirmaciones? Las repercusiones no se limitan al espacio de la formación, sino que afectan a todos los ámbitos de lo social: si todo aparentemente vale lo mismo y no hace falta verificar hechos ni afirmaciones, ¿cómo construir y sostener un debate público y democrático en el que las opiniones se sustenten de modo razonable? El auge de las nuevas derechas, con su erosión a la universidad y la ciencia y su arsenal de efectismos en los entornos digitales, parece delinear, al menos por ahora, una respuesta pesimista a estas preguntas. Peirone deja abiertos interrogantes que seguirán acompañando a los lectores en su reflexión sobre el futuro de la escritura, la comunicación y las relaciones sociales. Aunque la palabra escrita ha perdido su lugar central frente a las imágenes, *gifs*, memes y otras formas visuales, su importancia no ha desaparecido. Al contrario, sigue siendo una pieza de un escenario donde los signos mutan, pero las preguntas sobre cómo organizarnos y vivir juntos siguen siendo tan relevantes como siempre.